

ECOS DE LA PALABRA

Una mesa que anticipa el Reino

Reflexiones en torno al evangelio del domingo 20 del tiempo ordinario – ciclo B. (Jn. 6, 51-58: El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna)

La lectura del evangelio de los últimos cuatro domingos nos ha invitado a reflexionar sobre los diferentes aspectos que sugiere la Eucaristía, ese Pan de Vida que es Jesús para nuestra vida y la de nuestras comunidades. El recorrido es sugerente y nos lleva



profundizar cada vez más, no tanto para tener un conocimiento teológico de la Eucaristía (que también es útil), sino para vivirla y hacerla “norma de vida” de nuestra vida de discípulos del Maestro Jesús. El primer domingo, con la multiplicación de los panes y los peces, la invitación de Jesús, decíamos, era a construir una cultura de la solidaridad, del compartir y de la austeridad que permitiera que no faltase el pan para nadie e incluso que sobrara para nuevas épocas de precariedad. El segundo domingo nos invitaba a no trabajar sólo por el pan material, hay otras “hambres” que deben ser saciadas; el hambre del pan de la verdad, de la justicia, del amor, etc. El tercer domingo, la sugerencia iba hacia el estilo de vida que sugiere la Eucaristía, un estilo que es el de Jesús y que se presenta de manera maravillosa en los gestos del pan entregado, partido y compartido.

En este último domingo dedicado al evangelio del Pan de Vida, la invitación es a dar un salto grande desde la fe; ese pan que nos da Dios, ese pan que es Jesús mismo hecho comunión para la vida de la humanidad, es para darnos una vida que sabemos es eterna, que trasciende el espacio y el tiempo de la historia porque nos abre a una vida que no termina, una vida que ha vencido a la muerte porque Dios, en Jesús, nos ha abierto las puertas de la resurrección. Esta dimensión de la Eucaristía sólo se comprende y se siente desde la fe, no podemos desconocer que este anuncio de Jesús es la clave y el fundamento de nuestra fe como nos lo recuerda san Pablo: “Si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo resucitó. Y si no resucitó Cristo, vacía es nuestra predicación, vacía también nuestra fe” (1 Co. 15, 13-14)

La Eucaristía, ese don de Dios que tenemos oportunidad de celebrar todos los días, es anticipo de la Mesa del Reino de Jesús, de la Mesa de los que han vencido a la muerte y, vivos en Jesús, comparten su ser y su vida entregada. Si pudiésemos entrar en la

imaginación de Dios y soñar con Él, ¿cómo sería esta Mesa de los amigos del Reino de la vida? Dejadme compartiros algunas de las características que desde mi fe siento:

Mesa de la unidad en la diversidad. En esta mesa del Reino la clave es la apertura y la acogida. Todas las razas, lenguas, culturas, condiciones sociales, políticas y económicas dejan de ser causa de separación para sentarse en la mesa común de los hermanos, Unidos en la diversidad que surge del respeto por los otros.

Mesa de la comunión y de la justicia. En esta mesa todos recibimos lo que necesitamos para vivir con dignidad pues nadie se guarda nada para sí, todo se comparte pues nadie se quiere quedar en la búsqueda de su propio amor, querer e interés. Salimos dándonos a los demás.

Mesa de la fraternidad. En esta mesa todos cabemos, nadie queda excluido de los alimentos necesarios para la vida. Todos somos hermanos y por eso es una mesa de participación donde todas y todos podemos aportar algo a la construcción de la comunidad.

Mesa del amor. En esta mesa la clave es que se respira amor, donde cada uno para salir al encuentro del otro pero a la manera de Jesús, con un amor sin límite, que todo lo cree, todo lo espera, todo lo aguarda (1 Co. 13). Es la mesa que nos une con el vínculo del amor.

Este sueño podemos hacerlo realidad si vivimos y celebramos la Eucaristía a la manera de Jesús. Hay mucho que hacer pero, podemos!!!

Javier Castillo, sj
Director del Centro Loyola de Pamplona